

RÍOS DE AGUA Y TIEMPO

María Banura Badui de Zogbi

Universidad Nacional de Cuyo

El tiempo es uno de los permanentes temas borgeanos. Se materializa en los textos a través de una selección de imágenes que se reiteran en casi todos los libros poéticos del autor.

De entre ellas, la imagen del río es casi una constante que puede rastrearse desde los primeros libros hasta *Los conjurados*.

La imagen está comúnmente asociada al tema del tiempo y al de la muerte, a la fugacidad del discurrir de la vida y a la angustia con que se toma conciencia de la fragilidad humana.

Hemos comprobado que en el universo simbólico de Borges el río forma parte de sus predilecciones

Ríos de agua como el de la “Fundación mítica de Buenos Aires” conviven con los ríos simbólicos de Heráclito o ceden el paso a las asociaciones río-tiempo, río-laberinto, río-vida.

En este trabajo analizamos su presencia en poemas de diversos libros del autor e intentamos interpretar el uso de la imagen a la luz de las preferencias temáticas del poeta. Intentamos demostrar, también, que Borges reitera la significación simbólica del río siguiendo el pensamiento de Heráclito, y que esa reiteración procede no sólo de la erudición del poeta sino de una universal reflexión del paso del tiempo asociado al paso del agua en los ríos.

Tres son los fragmentos de Heráclito donde se encuentran las

referencias al río y su fluir incesante: el Fragmento 12, el 49 y el 91^a. Este último, según la traducción de Gustavo Aguirre, dice: “No es posible bañarse dos veces en el mismo río, ni tocar dos veces una sustancia perecedera en el mismo estado, porque ella, por el ímpetu y la rapidez de sus transformaciones, se dispersa y se reúne de nuevo, se acerca y se aleja del ser”.

Borges se refirió siempre a este fragmento. En *Otras Inquisiciones* (1952), escribió “Cada vez que recuerdo el fragmento 91 de Heráclito *No bajarás dos veces al mismo río...*” y, también en el mismo libro, en “Notas sobre (desde) Bernard Shaw” dice “La lapidaria fórmula *todo fluye* abrevia en dos palabras la filosofía de Heráclito”.

Partiendo de *Fervor de Buenos Aires* (1923) hasta *Los conjurados* (1985), hemos seleccionado un grupo de poemas que, a manera de hitos, sostiene la dirección que Borges da a la imagen de Heráclito, su tratamiento y su apropiación.

En el poema “Final de año” (*Fervor de Buenos Aires*, 1923), el poeta reflexiona sobre la incertidumbre ante lo que pueda perdurar en nosotros después de que comienza un nuevo año. La preocupación nace porque la circunstancia del cambio de año es propicia para pensar el “enigma del tiempo”. Dice “La causa verdadera [...] es el asombro ante el milagro / de que a despecho de infinitos azares, / a despecho de que somos / las gotas del río de Heráclito, / perdure algo en nosotros: / inmóvil”. No hay más acotación. De esa manera busca la participación del lector para la comprensión de la referencia. Es simplemente una mención. Es una imagen parcializada, “gotas del río”, que se ampliará y completará en otros poemas. Sugiere el “paso”, el “transcurrir” de nuestras vidas como las gotas del río. La palabra final, “inmóvil”, se opone a la movilidad del río, y sirve para acentuar la cualidad dinámica que la imagen adjudica a la vida del hombre.

En el mismo libro, el poema “Amanecer” separa netamente dos cualidades: eternas e inmortales, cuando expresa: “Ya que las ideas / no son *eternas* como el mármol / sino *inmortales* como un

bosque o un río”. La idea de la movilidad permanente se mantiene y se adjudica al río tanto como al bosque, dos realidades en constante mutación, vivientes y dinámicas. Si bien no existe una asociación con la vida humana, hay un procedimiento semántico que se vio también en el poema anterior: el contraste. A la palabra “mármol” corresponde la significación antitética opuesta a río: rígido y eterno uno; inmortal y dinámico el otro.

También en *Fervor de Buenos Aires*, en el poema “Dulcia linquimus arva”, hay simplemente una comparación con el río concreto, con el río “de agua”: “Su jornada fue clara como un río / y era fresca su tarde como el agua / oculta de un aljibe”.

En *Cuaderno San Martín* (1929), en el poema “Fundación mítica de Buenos Aires”, la referencia es al Río de la Plata, realidad geográfica captada desde una imagen pictórica que hace decir al poeta “¿Y fue por ese río de sueñera y de barro / que las proas vinieron a fundarme la patria?”

En el poema “Manuscrito hallado en un libro de Joseph Conrad”, del libro *Luna de enfrente* (1925) hallamos otra referencia. Dice el texto: “El mundo es unas cuantas tiernas imprecisiones. / El río el primer río. El hombre, el primer hombre.”

Ese río se inscribe en la significación que el poeta le ha dado en el poema anterior: es el río de la vida, en el que cada momento es el primero y el último, el único e irrepetible. Refuerza esa interpretación el verso que precisa: “Lo inmediato pierde prehistoria y nombre”. Nada es antes ni será después: el río hoy es el primer río, tanto como lo será en el minuto posterior a éste. Se observa que, aunque no esté explícita, la significación es la misma: el río corre, pasa fugaz, y como nunca es el mismo, siempre es el primero, como cada nuevo instante en la vida del hombre.

Es oportuno recordar acá unas palabras de Leonardo da Vinci: “El agua que tocamos en los ríos es la postrera de las que se fueron y la primera de las que vendrán; así el día presente”.

En *El otro, el mismo* (1930-1967) leemos en el “Poema del cuarto elemento”: “Porque el agua es Proteo”. La imagen cobra

relevancia por la mención del nombre mitológico que connota la transformación. En otros versos esta transformación está implícita, pero acá se hace evidente por el recurso de la metonimia.

Aparece en este poema la identificación del agua con el tiempo: “Y este tiempo irreversible que nos hiere y que huye, / agua, no es otra cosa que una de tus metáforas”. En el poema también está la referencia a ríos concretos: Éufrates y Ganges. Prevalece la idea de que cada hombre es todos los hombres, de allí “todo hombre se ha bañado en el Ganges”. Si extendemos la significación, y el Ganges es todos los ríos, nos dice Borges también que todo hombre se ha bañado en un río, el río del tiempo.

Las expresiones en estos poemas son aseverativas: el agua es Proteo, el tiempo es metáfora del agua: como ella es dinámico, y conduce “a la muerte segura y al Azar indistinto”.

En “A un poeta menor de antología”, del mismo libro, al manifestar que los dioses arrojan la gloria sólo sobre unos pocos, le dice que a él le tocó ser sólo “una palabra en un índice” porque “El río innumerable de los años / los ha perdido” (a sus días y a su universo). El río es los años, es el tiempo que ha devorado hasta la memoria de sus días. Ese discurrir temporal puede ser vencido cuando la voluntad de los dioses decide otorgar la gloria, “La gloria que acaba por ajar la rosa que venera”. En este poema no se expresa la angustia que genera el paso del tiempo. Al contrario, Borges considera que es mejor el olvido para este poeta menor, porque la “gloria” termina por destruir lo que venera. En cambio, sin el peso de la “gloria”, lo vivido por el poeta se conservará en “El éxtasis de un atardecer que no será una noche”.

En “El reloj de arena” se establece la identificación entre el agua y el tiempo. El verso dice “El agua de aquel río / en que Heráclito vio nuestra locura”. El Fragmento 91 de Heráclito, que Borges dice recordar, no menciona al río en el sentido que lo hace Borges. Heráclito es el punto de partida del poema, pero el resto es de Borges: “nuestra locura”: la de pretender permanecer cuando Heráclito nos había advertido “no es posible bañarse dos veces en

el mismo río”. En este texto también se recurre a la antítesis: el tiempo puede ser medido con “la dura / sombra que una columna en el estío / arroja o con el agua de aquel río/ en que Heráclito vio nuestra locura”. La dureza y consistencia de la columna y la inconstancia y movilidad del agua del río.

En el poema se identifican los conceptos agua- arena- tiempo- vida. Lo expresa en la estrofa siguiente “ No se detiene nunca la caída. / Yo me desangro, no el cristal. El rito / de decantar la arena es infinito / y con la arena se nos va la vida”. En cuanto al uso de los pronombres, pasa de un singular, *Yo* , a un plural, *se nos va*, procedimiento que se ve en otros poemas en donde el plural tiende a universalizar la experiencia.

En “Elvira de Alvear” se suma una nueva significación a la imagen del río, la de ser un laberinto : “Y el goce de perderse en el errante / río del tiempo (río y laberinto)”. Es la primera vez que aparece con esa significación.

En “Arte poética” la expresión es más lógica, menos poética, menos concentrada: “Mirar el río hecho de tiempo y agua, / y recordar que el tiempo es otro río / saber que nos perdemos como el río / y que los rostros pasan como el agua”. La imagen conserva la connotación de la movilidad “pasan como el agua” y la de la muerte “nos perdemos como el río”. Toda la estrofa desarrolla el motivo del río. Al final del poema, en la última estrofa, se agrega un nuevo concepto: el arte es “también como ese río interminable / que pasa y queda y es cristal de un mismo / Heráclito inconstante, que es el mismo / y es otro, como el río interminable”. La mención identifica al filósofo griego con el río, y hay un desplazamiento calificativo: el inconstante no es Heráclito de quien arranca el pensamiento que aún se cita, sino el río. Y como el río, el arte es, en cada nueva vivencia, uno distinto (ofrece algo diferente, es como nuevo) y es interminable porque pasa y al mismo tiempo queda. En otros poemas será más explícito con la imagen del río que pasa y deja al mismo tiempo.

En el caso presente, el concepto de pasar y quedar al mismo tiempo es una variación necesaria a la imagen, porque sería atroz que el tiempo se llevara también, con nuestra vida carnal, la creación artística.

En “Otro poema de los dones”, al agradecer lo que ha tenido, identifica a los ríos con sus antepasados: “Por los ríos secretos e inmemoriales / que convergen en mí”. La idea del dinamismo continúa, pero con otro matiz: no sólo “pasa” el agua del río, sino que el poeta recibe, porque en él “convergen” esos ríos, tal vez los de la sangre.

El primer poema a “Heráclito” está en el libro *Elogio de la sombra* (1967-1969). Es un texto interesante en el que la enumeración está plenamente orientada a expresar el devenir de los acontecimientos que se reiteran indefinidamente y que, en su reiteración, marcan el “hábito del tiempo”.

Está presente la esencia del Fragmento 91, la idea de que todo se transforma en otro: “La mañana que ha sido el alba, / el día que fue la mañana. / El día numeroso que será la tarde gastada”. La mitad del poema insiste en reiterar los momentos del día: crepúsculo, noche, alba, mañana, crepúsculo, marcando la sucesión temporal ininterrumpida. En mitad del poema irrumpe la interrogación retórica: “¿Qué trama es ésta / del será, del es y del fue? / ¿Qué río es éste / por el cual corre el Ganges? / ¿Qué río es éste cuya fuente es inconcebible? / ¿Qué río es éste / que arrastra mitologías y espadas?”. La anáfora, repetida tres veces, se corresponde con las tres veces que se nombra el crepúsculo. Pregunta por ese río que “arrastra mitologías y espadas”. Ese río que es la imagen del tiempo, del será, del es, del fue. Pregunta por la trama. En *Los conjurados* Borges dice “La trama que llamamos historia universal o el proceso cósmico”. Acá se expande la imagen a lo universal: el río – el tiempo – arrastra toda la historia, y aunque no se detiene, prolonga el devenir histórico con su caudal de “mitologías y espadas”. En *Los conjurados*, en el texto titulado “La trama”, asevera al final “No hay una sola de esas cosas perdidas que no proyecte ahora una

larga sombra y que no determine lo que haces hoy o lo que harás mañana”.

También está en el poema la referencia personal: “El río me arrebató y soy ese río. / De una materia deleznable fui hecho, de misterioso / tiempo”.

En este texto se incorpora por primera vez la inquietud sobre el origen del río: “¿Qué río es éste cuya fuente [...]”, “Acaso el manantial está en mí”.

Podemos observar la transformación que se va dando en la imagen, el enriquecimiento de sus connotaciones: la similitud tiempo- agua - río, unidos por su permanente condición dinámica, la preocupación por el origen de ese río - agua - tiempo, y la incorporación de esas cosas que fueron al caudal de la “trama” que sostiene el presente.

“A quien está leyéndome”, de *El otro, el mismo* (1930-1967), se dirige al lector. Le recuerda su certidumbre de polvo y dice: “¿No es acaso / tu irreversible tiempo el de aquel río / en cuyo espejo Heráclito vio el símbolo / de su fugacidad?”. Insiste en la analogía tiempo - río. Vuelve la mención al griego. Y se extiende la transformación a todo el universo “El universo es, como tú, Proteo”. Como en otros poemas, el empleo de las antítesis refuerza el dinamismo de la imagen. Opone a la movilidad del agua la rigidez del mármol. “Te espera el mármol / que no leerás” y la consistencia de otros metales: “No firme bronce ni acendrado oro”.

En *El oro de los tigres* (1972) el poema “Olaus Magnus”, se refiere al libro escrito por Olaus Magnus el teólogo, libro que Borges tuvo en sus manos una sola vez. De él dice “Tu hermosa condición de cosa eterna / entró una tarde en las perpetuas aguas / de Heráclito, que siguen arrastrándome”. Le reconoce al libro, a la palabra escrita, la condición de cosa eterna. Pero también la palabra, por su condición temporal, ingresa en las “perpetuas aguas”, es decir, en el devenir del tiempo que nos arrastra (“siguen arrastrándome”) y nos arrastrará mientras tengamos vida terrena. La palabra escrita, el libro, el arte, al asimilarse a la sentencia de Heráclito, será la

misma y será distinta cada vez que se actualice, porque “nadie se baña dos veces en el mismo río”.

En todos los poemas en que Borges hace referencia al filósofo griego, la hora que cita es la tarde. Así lo hace también en este poema. Tal vez porque es el momento del día en que se percibe con mayor celeridad el paso del tiempo hacia la noche, hacia la oscuridad, hacia el final del día, hacia el final de nuestros días.

En *La moneda de hierro* (1976) aparece otro poema titulado “Heráclito”. Tiene veintisiete endecasílabos. Sorprende el desarrollo argumental del texto. Comienza evocando a Heráclito de Éfeso “en la margen de un río silencioso”. Describe el lugar y el momento en el que Heráclito “trabaja la sentencia / que las generaciones de los hombres / no dejarán caer”. Utiliza el presente histórico para hacer más vívido el momento en que se concibe la famosa sentencia; el verso continúa: “Su voz declara: / Nadie baja dos veces a las aguas / del mismo río”.

Es la primera vez que el texto de la sentencia se incorpora a un poema. Y es textual. Luego viene el asombro del pensador cuando percibe la analogía de su vida con la del río, y la reacción inmediata de recuperar el pasado: “No puede. / Repite la sentencia. La ve impresa / en futuros caracteres”. En ese verso se produce el encuentro del presente de Heráclito con la suerte futura que tendrán sus palabras. Ve cómo sus palabras perduran a través de los siglos, en otros caracteres, pero las mismas. Pero él ya no es nada: “Es un mero artificio que ha soñado / un hombre gris a orillas del Red Cedar”. El hombre gris es el poeta de Buenos Aires, es Borges.

El primer verso nombra a Heráclito de Éfeso, en los versos finales está Borges. Heráclito pensó la analogía, Borges “entreteje endecasílabos”. Pero ni el pensamiento filosófico ni el ejercicio poético pueden recuperar el pasado. Las ilustres palabras quedan así actualizadas en este poema.

El poema “El hacedor” de *La cifra* (1981) comienza con estos versos: “Somos el río que invocaste, Heráclito. / Somos el tiempo. Su intangible curso/ acarrea leones y montañas [...]”. Expresa por

primera vez en estos versos la identificación de los hombres con el río, con el río de Heráclito. Todos “somos el río”, estamos hechos de fugacidad y de tiempo, de agua y movimiento. La imagen ha adquirido acá una amplitud universal que el poeta incorporará en el próximo poema.

En *Los conjurados* (1985) encontramos el soneto titulado “Son los ríos”. Borges reúne en este poema las aisladas menciones anteriores. Es como la recuperación de todas las expresiones en un solo texto. De la alusión, la comparación, la referencia en uno o dos versos, o la simple mención, pasa a la expresión aseverativa de la identidad hombre- río- tiempo- agua. Y aún más, dice “Somos la famosa / parábola de Heráclito el Oscuro” y luego “Somos aquel griego / que se mira en el río”.

En el poema que hemos mencionado de *El oro de los tigres* dice “Se mira en el espejo fugitivo”. En el texto de *Los conjurados* también el griego “se mira en el río” y en otro verso aparece “el cambiante espejo”. Las imágenes remiten a la misma realidad y la comparación con la vida conduce a las mismas reflexiones. Lo que varía es el nivel poético. En el último poema la simple analogía está plenamente desarrollada. Se expresan los distintos elementos de la sentencia: el río, el agua que cambia, el mar. Y se le suma la angustia de lo que ya es pasado: “Todo nos dijo adiós, todo se aleja”. Sin embargo los dos últimos versos, en un perfecto paralelismo sintáctico, expresan la permanencia de algo, que puede estar referido a los elementos que forman esa trama que se compone de elementos, sucesos, ciudades, hombres, páginas escritas... en fin, de todo lo vivido, según lo expresa el mismo Borges cuando define el concepto de trama. Todo parece indicar que ese “hay algo” la alude.

Curiosamente, el poema se titula “Son los ríos”. Hay un alejamiento entre el título y el texto. Nos preguntamos: ¿cuáles son los ríos? Y no tenemos respuesta, porque en el poema se utiliza la primera persona plural: somos el tiempo, somos la parábola, somos el agua, somos aquel griego, somos el vano río. Los últimos

versos son impersonales: “y sin embargo hay algo que se queda / y sin embargo hay algo que se queja.”

Este poema, escrito al final de la vida de Borges, concentra todos los motivos sobre la temática referida al río y su simbolización. Evidencia la síntesis madura de una reflexión que estuvo presente en casi todos sus libros. Nos permite apreciar una expresión más honda, o tal vez menos erudita, más humana, en fin, sobre el problema del tiempo y su fugacidad, sobre lo que se llevan las aguas y lo que dejan, sobre la transitoria condición humana y su deseo de permanecer. Se comprueba, en fin, el camino que ha seguido la apropiación de la ilustre imagen.

Hemos mostrado que Borges ha utilizado el motivo del río en casi todos sus libros de poemas. En unos pocos casos el río geográfico, concreto, el río de agua ha sido el nombrado. En el resto de los poemas la mención ha estado siempre asociada a la simbolización del río como analogía del paso del tiempo y del discurrir de la vida humana. En numerosos poemas se cita a Heráclito, aunque no siempre la referencia sea exacta.

La lectura y análisis de los poemas nos ha permitido llegar a la conclusión de que cuando Borges menciona a Heráclito, no lo hace con la intención de una precisión ideológica, o con el deseo de lograr un intertexto, ni con el afán de enriquecer su texto con erudición. Para nosotros la presencia del motivo del río asociado al tiempo, la vida y la muerte, denota una preocupación humana individual de Borges, la reflexión que nace de cada hombre ante la contemplación de los ríos, cuando desde un puente o desde la solitaria orilla comprobamos que el agua que se desliza incesantemente no puede ser asida por nuestros ojos, y su canción nos recuerda que con ella se va nuestro tiempo, se moviliza nuestra vida, caminamos hacia la muerte.

Y en final, citamos estos versos del poeta argentino Juan L. Ortiz, quien, con angustiosa voz, se apropia de la misma imagen:

¿Estamos en el mundo?
¿Éste río es el río
o es una cinta de sueño que se va hacia la muerte?

FUENTES

- Jorge Luis Borges. *Obra poética*. Buenos Aires, Emecé, 1972.
-----*La cifra*. Buenos Aires, Emecé, 1998.
-----*Los conjurados*. Madrid, Alianza Editorial, 1985.
-----*El oro de los tigres*. Buenos Aires, Emecé, 1972.
-----*La moneda de hierro*. Buenos Aires, Emecé, 1976.